

quier forma de vida en la vía pública era la mejor contribución de tipo institucional para asegurar su permanencia.

Convivir con el cólera, su violenta expansión y sus penosas cifras, hizo que los diversos niveles de lo precario saltaran a la vista para los que siempre los ignoraron y que, mientras las medidas de precaución llegaban hasta la paranoia, en algunos sectores hubiera individuos que decidieran pasarlas por alto con un obtuso sentido de la inmunidad a toda prueba. Entre unos y otros, la gran mayoría estaba irremediabilmente expuesta, pues carece de servicios de agua y desagüe y sus ingresos no le permiten un mayor consumo de combustible para hervir el agua que compran sin ninguna garantía. Todas las modalidades de la desgracia y de la inmundicia se convirtieron en centro de la noticia para medios de comunicación del Perú y del extranjero; poner gesto alarmado y voz grave, sin orientar la información hacia una solución, es regodearse en el fondo con lo negativo y contribuir a hundirnos cada vez más. ¿Por qué la tan mentada y bien ubicada labor del periodista no puede unir a su aséptica función de mostrar y a la más agresiva de acusar, aquélla más esencial de educar? ¿Tiene acaso la suficiente independencia y el suficiente sentido crítico como para decirle al Presidente de la República que se equivocaba y confundía a la gente al afirmar que no se podía comer pescado crudo cuando el Ministro de Salud recomendaba lo contrario? Era más cómodo observar la caída del Ministerio y contemplar con arrobamiento a un Presidente pescador y cocinero dando la receta del «sashimi», súbitamente ascendido a plato nacional al lado del «cebiche». Por eso la desorientación y la ignorancia, alimentadas desde arriba (no tan alto como el cielo), y la sucesión de calamidades, parecían dejar abierta sólo la puerta de lo sobrenatural.

De pronto, una mente desesperada y contrita (siempre es mejor pensar así que en la intervención de una mente manipuladora y oculta) salpicó con sus lágrimas la pequeña imagen que veía a diario, durante diecisiete años, en su casa del Callao. En estos tiempos del cólera televisado por entregas, era también posible que los medios de comunicación transmitieran el milagro del llanto de una imagen de la Virgen de Fátima; que los humanos llorasen, de manera espontánea o por las bombas lacrimógenas, no resultaba ya suficiente ni mucho menos extraordinario. Desde ese día, el suceso de la virgen

que llora sólo para iniciados tuvo su espacio en un noticiero de horario estelar y su agraciada dueña pasó a desplazar a las heroínas de telenovelas protagonizando el papel de poseída, intérprete, enjugadora y alentadora de milagros. Pero en este país de «yo también tengo lo que tú tienes», y de algunos exagerados sentimientos regionalistas, empezó a llorar también una virgen nacional, más bien provinciana: una imagen de la Virgen de Chapi, patrona de Arequipa, y para mayor coincidencia ubicada en una casa del mismo puerto del Callao. Producido el fenómeno de masas y extendidas las versiones milagreras, intervinieron las autoridades eclesiásticas con su toque de cautela y designaron una comisión pluridisciplinaria para analizar las lágrimas de las vírgenes. Pero cuando el descontento de los creyentes empezaba a alzarse contra la actitud escéptica de la Iglesia, dos nuevos protagonistas aparecieron en los siguientes capítulos. El noticiero de televisión, preocupado por renovar sus escenas, envió un reportero a un pequeño poblado en las afueras de Brasilia para filmar en exclusiva las curaciones milagrosas del santón espiritista Joao Texeira, que operaba sus pacientes poseído por la sabiduría de cuanto médico famoso existió en el mundo desde el inicio de los tiempos. En medio de esta fiebre sobrenatural, un empresario de espectáculos pornográficos de café-teatro anunció que traería a Texeira a Lima para que curara también a los peruanos, en un arranque de interés y solidaridad con su pueblo. Enfermos de todo tipo, antes o después de haber visitado a las vírgenes, iban a hacer cola para conseguir pases numerados que les aseguraran la curación gratuita de sus males. Llegaron de provincias y de países vecinos; ya era mucha gente dispuesta a todos los sacrificios y a aceptar sin queja a cualquiera que les diera una mínima señal de apoyo. ¿Cómo no aprovechar esa oportunidad de éxito seguro mientras en otros lugares de Lima los grupos que marchaban por las calles no hacían más que protestar? Entonces apareció el Presidente de la República demostrando su gran sentido de la oportunidad. Visitó a una de las vírgenes (¿por qué preferiría a la de Chapi?), le llevó flores y le rogó en público que lo ayudara a hacer un buen gobierno y, de paso, dejó en claro el tácito mensaje principal: aunque carezcan de empleo y sufran hambre, me intereso por ustedes, aguanten un poco más, mi causa es justa. Pero aquí no quedó todo. Pasados unos

